



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1188

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 20 DE SEPTIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste rue Casimir 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL JURADO

Ya ha leído el ministro de Gracia y Justicia el discurso de apertura de los tribunales. Y al par que ha dado una muestra gallarda de lo bien que maneja la pluma y de lo bien que siente las conquistas de la democracia, ha sentido lisonjeados su espíritu por los plácemes de sus adversarios que son en las lides políticas los que más valor tienen.

Pocas veces hemos asistido á una manifestación de simpatía tan unánime como la que ha hecho el marqués de Teverga, la prensa liberal y democrática, desde la que tiene por disciplina de partido el deber de aplaudir los actos de los consejeros responsables, hasta la que forma en el campo de la democracia y en su límite el republicano.

Desde que fué erigido el ciudadano en juez, por virtud de la ley del jurado, llaman más la atención los discursos de apertura, sobre todo en la parte dedicada al estado de dicha institución.

Efectivamente, influidos por el coram-sentir y estimados por la voz imperativa del deber que ordena el estado de toda mejora en función, para firmarla de asperezas, si las tiene, ó para repudiarla si en la práctica no responde á la esperanza que en ella se fundó, los ministros que han sido desde que el jurado funciona y los fiscales del Supremo que con los ministros monopolizan la atención del público en estas solemnidades. Hamadas aperturas del año judicial, se han ido ocupando del modo de ser y funcionar los tribunales populares, en cuya mano está la vida y honra de los españoles y la tranquilidad social. Y todos han encontrado deficiencias de bulto; todos han leído que detenerse largamente en

el examen de esas deficiencias, buscando las causas de las mismas y si bien han podido apreciarlas y ofrecerlas como resultado de su estudio, señalando de pasada el remedio, ninguno se ha ocupado después en remediarlas, como si el discurso en que se contenían no fuera otra cosa que una obra de literatura en lugar de un programa de necesaria aplicación.

Desde el año siguiente al de su institución se vió que el jurado funcionaba mal. Los jueces populares se mostraban de tal modo benignos, que más parecían llamados á ejercer actos de misericordia que á administrar justicia, dándose el caso de que un fiscal pidiera irónicamente al tribunal, si ver abusado en revisión de causa á un homicida, que le entregaran la escopeta con que había realizado el crimen que le obligó á sentarse en el baquillo.

Esas observaciones del jurado, que en algunas audiencias constituyen el caso general, han levantado voces de protesta muy altas que han despertado movimientos de indignación muy hondos y muy justos. Sin embargo, la aberración persiste un año y otro año y los discursos ministeriales la confirman pero no la remedian. Ni siquiera, para ponerle freno, se ha dado el caso de que se haga uso de la suspensión que determina la ley en los casos que ésta tiene previstos y que son aquellos en que el jurado se precipita por el camino de la clemencia abandonando el de la justicia.

El marqués de Teverga ha visto en el jurado esas fallas y también ha dado su panacea. Consiste en simplificar las preguntas y en hacer una selección en las listas. De ese modo los jueces de derecho darán tientos tortura al magín y poseyendo más ilustración verán más claro en los procesos.

Lo que falta ahora es que el ministro de Gracia y Justicia demues-

tre el movimiento andando, es decir, estableciendo la reforma, porque es sensible que el jurado, que tantos sacrificios costó establecerlo, se desacredite porque no haya quien se ocupe en que funcione como es de desear.

TIJERETAZOS

Dicen de Murcia, que en la romería de la Fuensanta celebrada el miércoles hubo un borracho.

Habría muchísimos; pero no hagamos alto en eso y completemos la noticia.

Dicho su este, es decir dicho borracho, creyéndose sin duda una elevada jerarquía militar, reprobó duramente á una pareja de la benemérita y acabó por descargar un bastonazo sobre uno de los guardias.

Más le valiera estar durmiendo á ese día ciego de Baco.

El año que viene no irá á la romería.

Dice un periódico que los buenos deseos del duque de Veragua respecto á la Marina son bien conocidos; pero que no bastan tratándose de un ramo como ese.

Ya quilará el duque que eso fuera un ramo; con olerio bastaba.

Simpleza para cantar la hora que dan los toreros se necesitan facilidades.

Y si no que la cante un mudo que tenga muchos deseos de cantarla.

Le pasaría lo que al duque de Veragua, que va resultando mudo en cosas de Marina.

Leemos: «Por lo que se deduce de lo que rezan los periódicos, el actual conflicto con el imperio manifestando allende el Estrecho, es grave y más que grave, es oscuro; tiene algo en la trastienda».

Ya está descubierta.

Tegla á la «Nimancia», que se mantiene detrás del «Rio de la Plata» hasta que llegara el momento de salir.

Y ya salió: Por lo demás, cuanto se diga de este asunto servirá sólo para hinchar el perro. Y no hay por qué.

TRANSMISIBILIDAD de la tuberculosis

Desde aquella memorable sesión del Congreso de la tuberculosis de Londres en que el ilustre profesor Koch dió á conocer sus trabajos de los dos últimos años y negó la transmisibilidad del padecimiento por medio de la carne y de la leche de los animales tuberculizados, no pasa día sin que la prensa profesional de todos los países trate con más ó menos extensión y acierto este importantísimo asunto, porque es privilegio del hombre superior agitar, conmover, arrastrar, seducir con sus dichos y con sus hechos.

Pero esta vez ha ocurrido una cosa por demás extraña y singular. Ya sea por efecto de lo inesperado de las declaraciones del sabio doctor, ya sea por la trascendencia y gravedad del asunto, ó por el trabajo que cuesta renunciar á ideas y creencias á las cuales hemos ajustado nuestra conducta durante muchísimos años, es lo cierto que una gran parte de la clase médica, entre la cual se encuentran los directores del movimiento científico de Europa, no se ha limitado á negar las aserciones del maestro oponiendo á sus afirmaciones categóricas hechos determinados y concretos, sino que se ha revuelto airada contra el eminente bacteriólogo y, con cierta acritud y mal disimulada aspereza, protesta de que se haya atrevido á formular de un modo tan terminante su pensamiento.

El venerable Winckow, una de las glorias más legítimas de la Medicina contemporánea, alienta con sus frecuentes manifestaciones, la conducta de los protestantes. El Papa no es infalible, ha dicho hace pocas noches en la Academia de Medicina de Berlín, y el eco de sus palabras ha llevado un soplo de espíritu guerrero á los que difícilmente le perdonarían al doctor Koch que no haya tenido reparo en lanzar á los cuatro vientos sus opiniones para que todo el que quiera y pueda repita sus experimentos, y fría y desapasionadamente se coloque en condiciones de afirmar ó negar la veracidad de sus asertos.

Los que á sangre y fuego quieren combatirlo, olvidan que aun cuando Koch se hubiese equivocado, su equivocación sería altamente beneficiosa para la ciencia y para la humanidad. Tan es así, que aún no había concluido el distinguido profesor de

leer su comunicación al Congreso, cuando una porción de hombres eminentes de todos los países arrojado en deseos de agitar la verdad, se ofrecían á practicar los trabajos necesarios para llegar por virtud de su propio esfuerzo al esclarecimiento del misterio que aún aparece envuelto en el problema planteado.

Muchos Gobiernos, obedeciendo á los requerimientos de la opinión, se han apresurado á nombrar comisiones técnicas formadas con personas de verdadera competencia para que sin apasionamientos ni prejuicios estudien detenidamente la cuestión. Largo tiempo ha de transcurrir, sin embargo, antes de que esas comisiones puedan formar un juicio definitivo. Y los que sin ideas realmente propias acerca del problema se hallan incapacitados de adquirirlas y fundan sus creencias en lo que los demás les dicen, corren el riesgo, á poco que se descuiden, ó de verse envueltos en la nube de polvo levantada por los que irreflexivamente se resucitan áridos contra todo atrevimiento científico, ó de quedar sembrados en los caminos de la ciencia que con frecuencia cubren de nuevo y lo desconocido.

Unos hoy, otros mañana, todos van sucesivamente manifestando sus opiniones, favorables ó contrarias á las opiniones del maestro. No hace mucho días, un hombre de mérito indiscutible y de reconocida competencia en todo lo que á la tuberculosis se refiere, el doctor Baumgarten de Paderborn, ha hecho declaraciones de importancia en el Berliner Klinische Wochenschrift en apoyo de las nuevas doctrinas de Koch. Debemos hacer constar que no se trata de un individuo, ni de un desconocido, ni de un médico, por el contrario, de un eminente médico que, compatible con Koch á gloria del descubrimiento del bacilo de la tuberculosis y que ahora sostiene la cuestión de la tuberculosis bovina no se transmitible al hombre. Funda sus aserciones, no en sutilezas de ingenio, sino en hechos experimentales indiscutibles, que trascienden de hace 20 años nada menos.

En aquella época el cáncer y la tuberculosis eran considerados como antagonistas, ó mejor dicho, como padecimientos que se excluían mutuamente. Fundándose en estas creencias, el doctor Baikinaky, á la sazón encargado de la sala de los cánceres de tumores incurables, y cuya tuerca era, por lo tanto, cuestión de tiempo, en el hospital donde el doctor Baumgarten desempeñaba el cargo de cirujano, trató de curar sus en-

TRES MUJERES

131

130 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

TRES MUJERES

127

precio muy superiores á su tamaño. Esto, aparte de que «Valeria», por lo que hace al orden de sus pensamientos y sentimientos, no es inferior á ninguna novela de composición más vasta; pero sobre todo conserva espontáneamente la debida proporción, la verdadera unidad; posee, como la persona de su autora, el encanto indefinible del conjunto.

«Valeria» aspectos dardados al par que cosas de moda cuyo tiempo ha pasado. Ha habido en la novela tantas cosas muy notables que no han alcanzado más que á ser citaciones y en sus producciones, ensaladas al punto, se han desvanecido algunos años después. «Mita de Condery» y «Mad. Cortis», no obstante el gran espíritu de la una y la animación patética de la otra, han hecho su tiempo. No hay una de sus obras que pueda leerse; si no es por curiosidad, para borrar las modas de la sensibilidad de nuestras madres. Lo mismo sucede con «Mad. de Montolieu»: «Carolina de Liebfel», que tanto arrebató al principio á los quince años, no puede leerse por segunda vez, como tampoco «Clara de Alba», «Valeria», «El aporralado», «Un fondo de querubín» y «El hermano combedor»; «una de esas obras que pueden leerse hasta tres veces durante la vida; á diversas edades».

«La situación de una novela es sencilla; la misma que el «Walter»: en joven que se enamora de la hija de su amigo. Pero se desarrolla aquí, al través del

que quiera su tamaño, tienen un valor artístico superior, porque son completos en sí mismos. Lela yo días pasados en una colección inédita de pensamientos: «La facultad poética no es otra cosa que el don y el arte de presentar «en flor» todo sentimiento verdadero, según su medida, desde el lirio real y la dalia hasta la margarita.» Lo que se dice aquí de la poesía, puede aplicarse propiamente á toda obra creada y compuesta donde se refleja la idea de lo bello. «Eugenio de Rothell» es ciertamente un cuadro de menores dimensiones, y, si se quiere, de menor «calidad» que «Delicia», pero es una obra maestra en su género y en su límite. Un brillante riachuelo de aljofaradas cadenas, bien recogido, y desfilándose por un lecho de menuda arena bajo una atmósfera transparente, tiene su precio; y, como belleza, es superior. A los ojos del pintor, si no más ancho, más desigual, quebrado, y repentinamente estagoso ó bramoso. Si nos remitimos á los maestros, Juan Jacobo, para recomendar la cuarta parte de «La Nueva Eloisa» por sus delicadezas de sentimiento, no se ha desdichado de compararla con «La Princesa de Olives», y parece mirar esta última como modelo. Haofa bien en creerlo y á estas horas más sobrevivir quizá, por su encanto que por su rigor, «La Princesa de Olives», que «La Nueva Eloisa». De la propia suerte, «Kegons» de Rothell, «Valeria» y «Adolfo» son obras de calidad y

organismo nervioso una conmoción de que al cabo empezaba á reponerse. «La fiebre que me abrazaba la sangre—dice—ha desaparecido; ya no me resiente la cabeza, como antes, y de nuevo toman la esperanza y la salud á mi alma agitada por amargas penas y terribles tempestades. Si la naturaleza me ofrece otra vez sus dulces y consoladoras distracciones; ya no aparece á mis ojos cubierta de un velo sombrío... Al recuperar mis facultades, al recobrar mis recuerdos, mi pensamiento ha volado hacia V... ¿Qué es de su vida en momentos de perturbaciones tan universales? Esta es la única frase de la novela que hace alusión á la marcha de los acontecimientos públicos. El barón de Kridner, desempeñaba entonces en Dinamarca su cargo de embajador. La raposa, de acordó con él, debió haberse en Leipzig, con motivo de la educación de su hijo. Pero su primera mirada, se dice renaciente su vida moral, se dirige al autor de «Pablo y Virginia» (de Virginia, que sería un diccionario para Valeria) y hacia París.

Allí vuelve, después de varios viajes por Europa, en 1801, en un momento de paz y de reposamiento brillante de la sociedad y de las letras. Estando era bastante joven, bella y de una gracia delicada; pequeña, blanca, rubia—tenía esos cabellos de un rubio castaño que no perdieron nada que; «Malena» con ojos de un azul profundo, con talle, un haber